



5490
4 — EL MERCURIO — Domingo 24 de Noviembre 1974



Guillermo Feliú Cruz

EN EL PRIMER ANIVERSARIO DE SU MUERTE:

Homenaje a Guillermo Feliú Cruz

Por HECTOR FUENZALIDA

Se ha cumplido ayer el primer aniversario de la muerte de Guillermo Feliú Cruz.

Conseguir vivir el recuerdo de los días que antecedieron a su fin. Frente a la crudeza del mal que le aquejaba, no perdió nunca la entereza necesaria a un vasto plan de actividades trazado para sus últimos días. Nervio esa tarea tolerando, con igual estoicismo, el asedio médico contra una enfermedad cruel, de diagnóstico fatal.

Se dio tiempo también para ordenar papeles, archivos, galerías, originales, láminas e ilustraciones, disposiciones testamentarias, casi todo ello dirigido a la organización de un vasto homenaje nacional a Claudio Gay, custodiando de la marcha de ediciones y actos que el mismo promovía desde su lecho o desde su escritorio que ya no podía abandonar, salvo una sola vez para concurrir a una sesión donde firmó la autorización para que sus restos fueran cremados, estampando su grafismo como quien signara la propia sentencia de muerte.

—Yo no hago concesiones ante la verdad, aunque sea ésta mi muerte y mi condenación— solía decir a sus íntimos y amigos. Y voltea a sus papeles queridos. Con su elegante y limpio grafismo iba llenando páginas y páginas de apurada composición. Nunca demostró vacilaciones. Tenía Feliú un estilo de gran vibración interna que confería a su sentencia corta, serena y segura, la plasticidad necesaria para vigorizar ideas y destacar aseveraciones que revitalizaban la historia y hacían amenas los malos momentos de la erudición. No gustaba repasar lo escrito. Su modo tan particular, el impulso de su trazo y esa su memoria abierta, hacían lo demás. Era esta infatigable como una computadora que dejaba atento a quien la requería al sólo tacto de sus dedos.

Feliú Cruz no perdió nunca la asidua por los libros que pudieran brindarle un mensaje en las ideas y en el campo de la belleza pura, fuera donde fuera que ella se asilara. Si se repasan las páginas de esa formidable bibliografía que firman sus discípulos Manuel Cluente y Guillermo Fuenzalida que se inserta en el homenaje que hoy le tributa la Biblioteca del Congreso, se ve el dibujo de una pasión histórica-bibliográfica que coló la principal fuerza de su vida. Pero tan completa como acuciosa con sus 300 libras, no logra acoser todas las gomas de su espíritu en la subterfugio de sus gustos secretos por los ensayos literarios, el conocimiento incidental de libros de palpante actualidad y esa devoción a la coetánea obra poética de Neruda, para culmarlo de contentamiento en sus últimos días. "Mata de coleccionista", decían algunos, al ver cómo crecía su recopilación merced a diversas lenguas y ediciones.

Feliú Cruz fue un polemista feroz que agucaba su sagacidad y erudición restallando como un látigo para acusar meritos y señalar errores sobre el trato de connotaciones ante una dudosa documentación. Fue por eso también terrible promotor y adversario como maestro y contendor.

La perspectiva del tiempo fue dada a su personalidad un dibujo particularismo en el campo de historiografía colocándolo en el engarce de la gran tradición que comienza con Barros Arana y Viriato Marín, para seguir en la obra de Medina y de María Vial y arribar a los valores de su propia generación. Fueron estos últimos sus maestros cotidianos desde que se divorció de las aulas y comenzó, a los 16 años, su labor de publicista.

Un suceso heurístico que recuerda sus amigos y condiscípulos del Liceo de Aplicación motivó un serio y definitivo rompimiento con su vida escolar. Deceña entonces todo lo que puede contrariar de su vocación y se entrega al estudio guiado por el consejo de quienes reconocía como sus únicos maestros. Don Julio Montebano, almar Cluente y Fuenzalida, le ajaja y guía desde el inicio, en sus estudios humanísticos. María Vial le orienta la formación intelectual; José Toribio Medina lo adentra en el conocimiento histórico-bibliográfico y reconoce en él toda la pauta como discípulo predilecto. Laval le afirma en los recursos del idioma, en su formación de escritor. Domingo Amunátegui lo induce al cultivo del ensayo histórico, y su maestro del Instituto Pedagógico, don Luis Fajó Rojas, firma su base de estudios de la geografía y el gusto por la enseñanza universitaria.

Pero, pese a esta pléyade, Feliú Cruz no deja nunca de ser un autodidacta. Y siguiendo esta conducta, logra escalar por sus solos meritos, por la virtud del propio esfuerzo, los ascensos que lo llevan a la cátedra universitaria y le franquea la entrada a la gran monarquía hispanoamericana de las sociedades doctas del continente. Llegará a ser Secretario General de la Universidad

de Chile y Decano de su Facultad de Filosofía y Educación. Y nadie pudo quitarle el ser, a los 25 años, el Conservador del Fondo Histórico Bibliográfico que lleva el nombre del maestro, cargo desempeñado durante 30 años, hasta el día de su muerte, y el de director indiscutido de la Biblioteca Nacional, donde le cupo revivir y poner al día una tradición bibliográfica perdida desde la dirección de don Luis Monti. Esas salidas conocieron las manos de Feliú en su ordenación, libro tras libro, de sus anaqueles, catálogos y registros bibliográficos. No leña igual en América.

Si entrar en la clasificación comparativa de su obra, yo no dudaría en proclamar como la mejor su "Historia de las Fuentes de la Bibliografía Chilena", ensayo crítico en tres volúmenes, destinada a llenar un insalvable vacío en un país lleno de la más notable cultura bibliográfica: una monografía como el decá, su estudio o un ensayo que presenta, en su conjunto, ese capiteo tan descolante de la vida intelectual de Chile. Es su obra cumbre, es su testamento.

Resulta, pues, muy explicable, que en la creación de homenajes nacionales de la Biblioteca del Congreso para desarrollarse en un plan de uno por cada año abarcando los más notables chilenos, se inaugure esta coherencia con el nombre de Guillermo Feliú Cruz y que esta llegue a ver la luz pública al borde del primer aniversario de su muerte. Es una magnífica, edición de 1.200 páginas que recoge 40 estudios de autores chilenos y extranjeros, en memoria del maestro. Es una edición primorosa de la Editorial Jurídica, compuesta por Mauricio Juncos, bajo la dirección y compilación de Neville Blane, así funcionario de la Biblioteca. Entre los extractos están: presentos Edmundo Correa, Pedro Grases, Lewis Hanks y Ricardo Levron, respondiendo al llamado de Neville Blane. Se agregan esos "Tres ensayos sobre el Periodismo", de René Silva Espejo, basados en una ardiente defensa de la libertad de información, la libertad de pensamiento a la luz de los derechos humanos, su general síntesis de la historia del periodismo americano con una glori final sobre el difícil decenio de 1920 a 1930 en que el país fue "escenario de convulsos sucesos políticos" que afectaron hondamente la marcha del diario.

Hay también en esta recopilación estudios literarios, epistolarios anecdóticos de nuestra historia; recopilaciones bibliográficas, el ambicioso registro de Leonardo Márquez de Gracia, el ensayo de Cluente y Fuenzalida que, junto con los sobrepresentes ensayos de René Levin Echala y del padre Gabriel Guardia acerca del fundador de la familia Ojaguer Feliú en Chile, constituyen un homenaje directo a la persona del historiador. ¿Cómo señalarlos todos, cómo omitir algunos? No se pueden olvidar los nombres de Fernando Campos Barrios, de Mario Correa Navarro, uno de sus discípulos en la Facultad de Derecho; el notable estudio de Julio Heise González cuyo sólo título reza su calidad "El carapísimo político en el período parlamentario (1890-1925)", lleno de nuevas percepciones y documentación, junto con el brillantísimo estudio de Sergio Fernández Lavraiz, "Carlos V, León y la Reforma Protestante", buido entre los buenos, y bueno en España como salido de pluma hispanica. Y el acucioso recuento de la ruptura con el Kja, de Ernesto Barros Jarpa, que explora zonas desconocidas de una de las crisis y dramas de nuestra vida internacional, con documentos hasta ahora desconocidos y que élula "Historia para olvidar". Con iguales razones señalamos los trabajos muy originales de Negro, Juan Luis Espejo, Guillermo Donoso, Pedro Lira Urquiza, Alejandro Méndez, Zenón Urrutia Infante, de Jorge Valderrama Campos y del Padre Hanks, todos los cuales se distinguen por constituir un aporte efectivo y novedoso en la investigación histórica. El espacio nos impide señalar otros libros de merecimientos que engloban estas páginas. No hay duda que la crítica los tendrá que señalar.

Los libros rodearon y alimentaron la vida de Feliú Cruz. Le cercaban y le abogaban. Parecen ahora describir una parábola en un vuelo de regreso. Habla de su inmensa biblioteca, la más rica en asuntos americanistas y chilenos sobreviviente en nuestro tiempo, como colección privada. Ahora levanta el vuelo nuevamente. Y van a estar de regreso. Guillermo Feliú Cruz dejó a sus hijos Ximena y Guillermo, la misión de custodiar y hacer uso de la herencia bibliográfica que les dejó. Y ellos no han vacilado un instante. Por su disposición como herederos, están listos para integrar el acervo de la Biblioteca Nacional, tal como legaron, hasta el día de hoy, los de su maestro, cerrando el mismo círculo.

Homenaje a Guillermo Feliú Cruz [artículo] Héctor Fuenzalida.

Libros y documentos

AUTORÍA

Fuenzalida Villegas, Héctor, 1903-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Homenaje a Guillermo Feliú Cruz [artículo] Héctor Fuenzalida. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile